

LA NOCHE EN LA VENTANA

De Alicia Morel

Impresores Alfabetas. Santiago de Chile 1983.

Lentamente, Bárbara descubrió la casa nueva. Las pocas veces que se acostó tarde vio que, apenas se encendían las luces, aparecía en el jardín otra casa igual; las distintas habitaciones flotaban entre árboles y faroles, sus paredes floreadas, sus mesas, sus lámparas, sus palomas de porcelana (...), y se iba de ventana en ventana, mirando las cosas y las personas de allá afuera, un poco desteñidas, pero muy reales. Había algo maravilloso en ellas: aunque movían la boca y gesticulaban, no emitían sonidos. A veces estaban dentro de un árbol o se deslizaban sobre las piedras del patio. Si se las contemplaba desde el suelo, podía ubicarse sobre sus cabezas o en su cuerpo una estrella. Todo era fácil y atractivo en el mundo que nacía más allá del vidrio".

Así es *La noche en la ventana*, y así la narra esta pintora de ensueños y matices que es Alicia Morel. Sus cuentos, casi todos sus cuentos, son también como escenas presenciadas detrás de una ventana de cristales diversos, que los van matizando o esfumando según pase la mirada tras uno u otro colorido o tras los vidrios *empavonados* que sólo permiten divisar esfuminadas siluetas. Es su gran virtud, como también aquella de captar el lenguaje infantil y el nuevo sentido que adquieren las palabras tamizadas por la mente del niño. Así ese *obispo*, que es un insecto rojo y amarillo que ronda las flores del jardín, o ese *fanático*, que es sólo un gran sombrero colgado en la percha de la casa.

Alicia Morel penetra sutilmente el espíritu de sus personajes, desdeñando las líneas gruesas y apoyándose en aquellas de sombra leve, como niebla, en que se desenvuelven las pasiones, los dramas o los dolores que los aquejan.

Alguna vez comentó Braulio Arenas que Alicia Morel escribía sus cuentos como abre las puertas el gato: con una mano que parece enguantada y que oculta tras el terciopelo las filudas garras. Así, bajo la tersa superficie del relato, pueden ocurrir muchas cosas, y se las siente, pero nunca afloran con ademanes o con voces violentas.

Cuando sale del cendal algo *bloomsburiano*, se nota a la autora fuera de sus cauces habituales: el directo realismo no es su campo literario y allí se le nota tomando partido, transmitiendo a los personajes sus propios sentimientos. Ocurre, afortunadamente, pocas veces. Lo natural y lo real en su modo de contar es esa visión esfumada, como desde las márgenes del sueño. Y no es que pinte personajes irreales: es que ve en ellos —por muy reales que sean— esa "línea de sombra", ese trasfondo que a veces se oculta debajo de trabazones aparentemente macizas.

El lector ha de ser también sutil en su contacto con estos relatos. No se precipita uno en ellos, sino que ha de penetrarlos con mirada alerta para que no se le escapen los matices, los reflejos reveladores que dicen mucho, mucho más que las palabras directas.

En este volumen, que comprende ocho historias, hay que detenerse con mayor cuidado en la última: *La dama del unicornio*. Allí, contándonos la leyenda y contenido de los famosos tapices —cuyo soplo de misterio asombra a críticos y espectadores—, Alicia Morel logra algunas de sus más hermosas, de sus mejores páginas. Su visión de *la dama* es digna de antología.

HERNAN POBLETE VARAS
(De la Academia Chilena de la Lengua)